

## EL POBLAMIENTO ROMANO EN HISPANIA

J. DE C. SERRA-RÀFOLS

Para el estudio del poblamiento en la antigüedad no son muy abundantes las informaciones que podemos sacar de las fuentes literarias, es decir del limitado número de autores desde largo tiempo catalogados, y los cortos textos epigráficos, que a veces contienen datos interesantes para nuestro objeto. Con todo, el estudio de los primeros, a pesar de ser tan conocidos, editados y comentados, puede proporcionar todavía noticias de carácter geográfico y económico que no han sido debidamente agrupadas y valoradas. En cuanto a las inscripciones, el número de las conocidas no cesa de aumentar, al compás de las exploraciones arqueológicas. A pesar de ello nos hemos de valer predominantemente de los datos arqueológicos.

En 1921, la «Unión Académique Internationale», acordó patrocinar una obra de grandes vuelos, destinada a prestar en este aspecto un servicio extraordinario: levantar un mapa del mundo romano, en el que se localizasen topográficamente todos los restos de aquella época conocidos en el momento de la edición de los diversos mapas parciales de que había de constar, mapas a los que habrían de acompañar otros tantos textos explicativos de las diversas ruinas localizadas, enlazando a estas noticias las sacadas de las fuentes literarias. En estas cartas geográfico-arqueológicas, los hallazgos prehistóricos habían de constar como un elemento secundario, como un precedente, que en el texto no tendría otro reflejo que una simple enumeración de las estaciones, clasificadas por períodos a base de las teorías más admitidas por los investigadores. En Occidente el verda-

dero trabajo comenzaba con los restos inmediatamente anteriores a la conquista romana. Es decir, que se quería reflejar ya el estado del mundo que después fué romano, en la forma que lo encontraron los conquistadores al incorporarlo a su imperio. Para la Península Ibérica los restos que, para entendernos con claridad, denominaremos sencillamente ibéricos, habían de ser ya puntualmente catalogados y descritos. Después habían de seguir todos los restos romanos y, para nuestro país, todos los anteriores a la conquista musulmana, hecho que, entre nosotros, viene a cerrar el mundo antiguo. En varios países, especialmente en Francia<sup>1</sup> e Italia, se han publicado ya numerosos fascículos de esta obra importantísima.

Entre nosotros, de la *Forma Orbis Romani*, que tal es el título que la obra ha recibido, sólo se ha publicado, hasta ahora, un fascículo, correspondiente al *Conventus Tarraconensis*, que incluye la región geográfica situada entre *Baetulo* (Badalona) y *Blanda* (Blanes), es decir de la desembocadura del río Besós a la del río Tordera, a lo largo de la costa, y desde ésta a la depresión del Vallès, hacia el interior, comprendiendo todo el trozo de cadena herciniana situada dentro de aquellos límites, casi en su totalidad en la actual «provincia» de Barcelona<sup>2</sup>. El mapa correspondiente sólo fué publicado en esquema, reservándose para más adelante su verdadera edición.

En este trabajo se catalogan las estaciones publicadas (sea su publicación más o menos perfecta) y las inéditas de las que el autor tuvo noticia. Pero, como es natural, en una obra de síntesis de esta clase, no se realizó ningún trabajo de campo o de excavación; todo lo más algunas excursiones para comprobar noticias dudosas o completar otras, además de informaciones cerca de los estudiosos de algunas localidades, para sumar al conjunto algunas noticias inéditas recogidas por ellos. El ser éste uno de los primeros fascículos aparecidos de la obra total, y no haber tomado en aquella fecha la «Union Académique» los acuerdos indispensables para dar al conjunto de la publicación la debida uniformidad, junto con dificultades, que no pudieron ser superadas en aquella ocasión, referentes a la presentación de la parte gráfica, hace que esta primera aportación haya que ser considerada, más que nada, como un ensayo. Por esto su editor, el «Institut d'Estudis Catalans», decidió, hace años, la reedición de

---

1. Para los fascículos referentes a Francia, ver Adrien BLANCHET, «Quelques remarques à propos de la Carte Archéologique de la Gaule romaine (*Forma Orbis Romani*)», *Comptes rendues de l'Académie des Inscriptions*, pp. 574-589, 1943.

2. *Forma Orbis Romani, Forma Conventus Tarraconensis*, fasc. I, *Baetulo-Blanda* por J. de C. SERRA RAFOLS. Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1928, un vol., 4.º mayor, 74 pp., 54 figs., un mapa a escala 1:150.000.

este fascículo, adaptándolo a las normas de publicación del conjunto de la obra.

Entre tanto, y dentro de los trabajos del «Instituto Diego Velázquez de Arte y Arqueología», de Madrid, empezó a publicarse una obra hasta cierto punto paralela. Es la titulada «Carta Arqueológica de España», que se publica por «provincias», y de la que han aparecido hasta este momento los volúmenes o fascículos correspondientes a Soria y Barcelona<sup>3</sup>. Se catalogan en este trabajo todas las estaciones arqueológicas premusulmanas que han llegado a noticia de los autores, de manera que las correspondientes a los tiempos primitivos o prehistóricos propiamente dichos, están comprendidas con el mismo título que las ibéricas y romanas, que son el objeto primordial de la *Forma*. En cambio la descripción de las estaciones es más breve. Los mapas que han de constituir una parte importante de la obra, tampoco han sido publicados hasta ahora en otra forma que en esquema, aún más simplificado que en el fascículo aparecido de la *Forma*. Una diferencia esencial entre estas dos obras, que las hace paralelas y no duplicadas, reside en el hecho de que la «Carta Arqueológica de España» dispone la relación de las estaciones alfabéticamente dentro de cada provincia, mientras la *Forma Orbis Romani* hace su descripción siguiendo el orden topográfico en que se suceden sobre el terreno. Estas dos modalidades tan diferentes en la descripción, corresponden al carácter acentuadamente de inventario que tiene la «Carta», en oposición al de descripción orgánica que tiene la *Forma*. Una y otra, al recoger y situar geográficamente un gran número de estaciones arqueológicas, serán instrumentos muy útiles para el estudio del poblamiento, especialmente si, como es nuestra intención, si seguimos interviniendo en la dirección de los fascículos de la *Forma*, que se refieren al *Conventus Tarraconensis*, cuyo trabajo ha sido reanudado hace poco, conseguimos hacer resaltar este aspecto en la descripción de las estaciones y su ubicación en el terreno, conocimiento al que esencialmente va dirigida la publicación de un mapa del Mundo Romano.

Hagamos ahora algunas observaciones que nos ha sugerido nuestra intervención en estos trabajos de geografía histórico-arqueológica.

---

3. *Carta Arqueológica de España, Soria* por B. TARACENA, Madrid, Instituto Diego Velázquez, 1941, 8.º mayor, 180 pp., 24 figs. XII láms., un mapa a escala 1:625.000. *Barcelona* por ALMAGRO, SERRA-RÀFOLS, COLOMINAS, ídem., ídem., 1945, 253 pp., 29 figs., XVI láms., un mapa a escala 1:625.000.

En el momento de la intervención romana, la Iberia o la Hispania, términos usados respectivamente por los escritores griegos y latinos, que consideraremos equivalentes, da la sensación de un mundo agitado. Las causas de esta agitación, el estudio de las cuales cae fuera del objeto de esta comunicación, nos escapan en gran parte. Las campañas de conquista de los cartagineses pudieron ser una de ellas, aunque no probablemente la única. Desplazamientos de pueblos, como, por ejemplo, el de los iberos hasta el Rhodanos, testimoniado por las fuentes antiguas, y que la arqueología está lejos de contradecir, pudo ser otro. Pero nos falta conocer el motor de estos desplazamientos, que lo mismo pudo ser un fenómeno exterior que repercutiese hasta la Península, como la entrada tardía de grupos indoeuropeos, que una crisis de superpoblación determinada por aquellas invasiones o por el simple juego demográfico. Si es muy oscuro el problema de la entrada de pueblos en la Península en el neolítico y eneolítico, puede darse por seguro que la de los primeros indoeuropeos, en fecha bastante más tardía, se produjo en diversas etapas y siguiendo múltiples caminos<sup>4</sup>. Esta entrada creó el mapa etnográfico, base del estado de cosas que encontraron los romanos<sup>5</sup>, y si los datos arqueológicos que poseemos, cada día más abundantes, todavía no nos permiten muy exactas precisiones, podemos ya ver la semejanza entre estos movimientos y los acontecidos muchos siglos más tarde, cuando los pueblos europeos llamados «bárbaros», desquiciaron la fachada exterior del ya internamente arruinado Imperio Romano, es decir, con multiplicidad de procedencias y caminos, y larga duración del fenómeno visto en conjunto. Consideramos que estos movimientos de pueblos europeos están en la base de la inestabilidad de la Península en los siglos VI-III. El establecimiento de pacíficas colonias de griegos, en nada pudo influir en ello, como

---

4. Estos pueblos, que tienen, a nuestro parecer, una importancia decisiva en la formación étnica del país, especialmente en el N. E. de la Península, han sido bautizados con nombres que, dado el estado actual de nuestros conocimientos, acaso resulten excesivamente concretos, por implicar relaciones étnicas e históricas muy estrictas. Se ha dicho, por ejemplo, que eran «celtas». Otras veces, como hacemos nosotros aquí, se les califica de «indoeuropeos», y nosotros, a veces, les hemos llamado simplemente «europeos», aludiendo a su segura procedencia geográfica. También ha servido para denominarlos alguna de sus características culturales, por ejemplo «pueblos de los campos de urnas» (enlazándolos con los «Urnenfelder» alemanes, refiriéndose al tipo de sus necrópolis. Acaso desde nuestro punto de vista cultural y geográfico, una denominación muy justificada sería la de «pueblos incineradores», a la vez culturalmente muy concreta y que no prejuzga nada en cuanto a carácter étnico, ya que ellos, por primera vez, introducen en nuestro país este rito funerario tan característico.

5. Véase para apreciar la complejidad de estos movimientos. P. BOSCH-GIMPE-  
RA, *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México, 1944,  
y J. MALUQUER, *La Edad del Hierro en la cuenca del Ebro y en la meseta central  
española*, Madrid, IV Congreso Int. de Prehistoria, 1954.

alguien, con una total carencia de sentido histórico, ha llegado a apuntar.

El hecho indudable, al conocimiento del cual se llega lo mismo por las noticias de los textos que por el estudio de los restos arqueológicos, es que a la llegada de los romanos las habitaciones aparecen agrupadas (aunque a veces formen agrupaciones minúsculas), fortificadas (las noticias históricas que hacen referencia a murallas en ciudades ibéricas son múltiples, y los restos arqueológicos descubiertos de ellas son también numerosos) y situadas, por lo general, en lugares que ofrecen ciertas condiciones naturales de defensa más o menos sólidas. Esta ubicación de los lugares de habitación no es la propia de un país que vive una existencia pacífica y en el que reina la seguridad. Con frecuencia las protecciones naturales y artificiales de los poblados ibéricos no son lo suficientemente fuertes para permitir la defensa contra un sitiador bien preparado, pero lo parecen bastante para protegerse del ataque súbito de un grupo enemigo, que las más de las veces hay que pensar no era otro que el vecino inmediato, no mucho más fuerte ni numeroso. En muchos de estos lugares se observa una continuidad de población desde tiempos muy anteriores a la intervención romana, y aunque resulte muy difícil fechar las más o menos rudimentarias murallas, el hecho de escoger comunmente los lugares elevados como sitio de habitación, casi siempre, por necesidad topográfica, alejados de las mejores tierras significa una tendencia a posponer las condiciones económicas más apropiadas para la explotación del suelo, a la seguridad de los hogares, sacrificio considerable para un pueblo, que aunque fuese cazador y ganadero, era predominantemente agricultor.

Al ocupar los romanos posiciones militares en el país, elevan un cierto número de fortificaciones, que pueden tener tres finalidades principales. Primera : defensa de los primeros núcleos romanizados. Segunda : seguridad de las vías de comunicación. Tercera : vigilancia de los núcleos indígenas, sometidos pero todavía inquietos. Es a base de que se aprecie claramente que una fortificación cumple alguna de estas funciones, que creemos pueden datarse en los primeros tiempos de conquista algunas de las obras militares que conocemos de los colonizadores, independientemente de sus características constructivas, respecto de las cuales hay que tener en cuenta que pueden haber sufrido muchas refacciones. Hemos de observar que algunos de los grandes recintos amurallados mejor conservados, ofrecen tales características técnicas con tal pureza, que es fácil datarlos en el Bajo Imperio, por ejemplo los de Barcelona, Coria, Lugo y aun

parte del de Mérida. El gran recinto de Tarragona, y el también interesante de la colonia romana de Emporion, ofrecen problemas especiales, que acaso algún día trataremos, y que dejamos ahora de lado.

Como ejemplares de fortificaciones antiguas y que se refieren al lugar donde primeramente se establecieron los romanos, es decir a Cataluña, aunque no pertenezcan al momento inicial de la conquista, cuando su dominación se limitaba a aquel territorio, citemos, en el término de Llinàs del Vallès, en las sierras que separan la llanada vallesana del mar, pero dominando principalmente aquélla, la llamada «Torrassa del Moro», que ha de ser un lugar de vigilancia muy antiguo<sup>6</sup>. Desde el sitio de su emplazamiento se domina, en una longitud de muchos kilómetros, la antiquísima vía, que, procedente de las Galias, discurre por la depresión del Vallès. Esta circunstancia no sería suficiente por sí sola para testimoniar la antigüedad del origen de la fortificación, pero al mismo tiempo, desde el lugar, muy bien escogido, donde se levanta, son visibles un gran número de poblados ibéricos, la actividad de los cuales era posible vigilar a distancia. Estos poblados, dentro de lo que sabemos, no sobrevivieron, en plena prosperidad, un tiempo muy largo a la romanización; en unos, en las ligeras prospecciones efectuadas, no se ha puesto de manifiesto ningún hallazgo indudablemente romano, y en otros tales hallazgos son escasos y aun entre ellos faltan algunos tan delatores como la cerámica sigillata, cuya difusión en la Hispania corresponde a los comienzos del Imperio. Estos hechos nos demuestran que, a finales del siglo I a. de J. C., la vida había cesado casi del todo en tales lugares. La economía había adoptado modalidades diferentes que habían determinado un desplazamiento completo de los lugares de habitación, todo ello como consecuencia de la conquista cultural y militar de Roma. En estas circunstancias la fortificación de Llinàs, debió perder buena parte de su finalidad, y hemos de conceptuarla como erigida hacia el siglo II antes de la Era, a lo que, por otra parte, no se oponen sus características constructivas en las que pueden rastreadse refacciones diversas.

Un ejemplo de defensa amurallada de un núcleo romano antiguo, lo tenemos en las murallas de *Baetulo* (Badalona, cerca de Barcelona)<sup>7</sup>. Conocemos de ellas sólo un pequeño segmento que com-

---

6. A. BALIL: «Prospecciones arqueológicas en el valle del Mogent (Barcelona)». *Archivo Español de Arqueología*, XXVI, pp. 174-179, 1953.

7. J. de C. SERRA-RAFOLS: «Excavaciones en *Baetulo* (Badalona) y descubrimiento de la puerta Noreste de la ciudad», *Ampurias*, I, pp. 268-289, 1939. Muy recientemente, (1956) se ha descubierto otro sector, de la muralla con hallazgos que confirman los puntos de vista aquí expuestos.

prende, empero, una de las principales puertas, y, aunque por vergüenza, este conjunto haya sido destruído, pudo ser estudiado en 1935, a raíz de su descubrimiento. Se trata de una muralla que tenía muchos puntos de contacto con las que rodean los poblados ibéricos, pero que, de todas maneras, ofrecía una regularidad que impide confundirla con aquellas, especialmente en la disposición y estructura de la puerta, donde se acentúa la influencia directa de los colonizadores. Baetulo debió nacer en los primeros tiempos de la romanización, como consecuencia de un desplazamiento, probablemente lento, de la población que ocupaba las aldeas situadas en las sierras vecinas, hecho que debió empezar a producirse en un momento suficientemente antiguo, acaso a mediados del siglo II antes de la Era, para que la nueva ciudad creyese indispensable rodearse de murallas (que eran casi sus únicas defensas, dada su situación topográfica en un lugar que las tiene muy escasas naturales). Aquellas murallas no podían tener más objeto que defenderse de la población indígena, ya que no existía enemigo exterior próximo, lo que indica que la pacificación no era completa, o, al menos, era tan reciente que los habitantes romanizados de la nueva ciudad no tenían todavía la sensación de seguridad que hace prescindir de las murallas, como había de suceder más tarde.

En efecto, Baetulo se engrandece, y las viejas murallas son desbordadas por las casas; es un caso bien conocido en todas las épocas y repetido infinidad de veces. Unas casas se adhieren a la parte exterior de la muralla, otras montan encima de ella, dejando subsistir únicamente sus cimentaciones por debajo de las construcciones posteriores. No sabemos cuándo empezaron a edificarse casas extramuros, pero demuestra que tuvieron una larga vida las infinitas modificaciones que se observan en ellas. Ninguna nueva muralla vino a encerrar estos barrios exteriores. En el momento en que empezó a crearlos el crecimiento de la población, la vieja muralla había pasado a ser innecesaria y otra nueva habría sido supérflua y solamente habría dificultado el libre desarrollo de la ciudad. La tempestad del siglo III, debió encontrar a Baetulo tan indefensa como Barcino, pero así como, pasada aquella, la futura capital catalana tuvo bastante fuerza para rodearse de una muy bien construída muralla (y acaso de la existencia de esta muralla se deriva su importancia posterior); aquella debió faltar a Baetulo, que no parece se levantase de aquel desastre, sin que ésto quiera decir que quedase totalmente despoblada, como lo prueban las sepulturas de baja época romana y de la alta

edad media que se cavan en las ruinas de sus casas, ya que el hecho de haber muertos demuestra se seguía viviendo allí.

Un caso de gran recinto fortificado lo tenemos en Olérdola, en el Penedés, en la misma provincia de Barcelona, sobre el cual se ha hablado mucho<sup>8</sup>. El primer problema que se ofrece es averiguar si se trata de un lugar de refugio indígena o de una fortificación romana de los primeros tiempos de la conquista. Que no es una ciudad propiamente dicha, es decir un lugar de habitación normal y permanente, se echa de ver estudiando su emplazamiento. Nadie puede sentirse inducido a habitar en Olérdola, como no sea temporalmente y en circunstancias particulares. Las tierras vecinas, aquellas que pueden ser cultivadas en condiciones de buena economía agraria por los habitantes de Olérdola, son escasas y poco fértiles y en ningún caso podrían alimentar una población considerable, como la que podía contener la meseta limitada por acantilados y la muralla que la cierra. En esta creemos se pueden distinguir señales de técnica constructiva romana, y pensamos fué construída por los romanos utilizando mano de obra indígena. Para creer se trate de un lugar de refugio indígena aprovechado por los romanos, faltan los restos arqueológicos representados por cerámicas anteriores a la época de la conquista, que con tanta frecuencia aparecen en los castros ibéricos.

Desde Olérdola se vigilaba otro sector de la gran vía procedente de las Galias, y toda la región montañosa entre la llanada litoral y la interior. Debió servir para estas finalidades durante un lapso de tiempo relativamente corto. Cuando la *terra sigillata* comenzó a difundirse por la Tarraconense, Olérdola estaba ya abandonada, probablemente desde hacía tiempo, pues no tenemos noticia de que se haya encontrado allí ni la más pequeña muestra de aquella cerámica tan abundante y característica de las estaciones romanas de época imperial. En cambio abunda la cerámica indígena, que debió estar en pleno uso durante los siglos II y I antes de la Era. Pero, como hemos dicho, faltan los tipos más antiguos, relacionados con las invasiones de los pueblos europeos incineradores, de la primera mitad del primer milenio antes de la Era.

Pacificado el país, el lugar defensivo de Olérdola vino a resultar inútil. Tenía tan excelentes condiciones militares como fortaleza y lugar de refugio, como escasas condiciones de habitabilidad pacífica. Es cuando la costa y el Penedés se cubren de *villae* que presiden *fundi*

---

8. A. FERRER SOLER: «El castro antiguo de Sant Miguel d'Olèrdola», *Archivo Español de Arqueología*, XXII, pp. 21-73, 1949, resume todo lo dicho anteriormente.

más o menos extensos. Siglos más tarde, ante circunstancias semejantes, el lugar de Olérdola vuelve a ser utilizado. Es el momento en que el Penedés es una *marca*, y el lugar de contacto entre cristianos y musulmanes. La muralla, que debía estar aún en buen estado, es rehecha y aprovechada; se elevan lugares de culto cristiano; pueden ser de este tiempo la mayoría de los restos que quedan en Olérdola, entre ellos las pequeñas cisternas talladas en la roca en la parte exterior del recinto, las casas también exteriores a la muralla, hechas con la misma técnica, y las sepulturas antropomorfas cavadas igualmente en la peña. Pero tan pronto la frontera condal es llevada lejos, y el peligro de las álgaras sarracenas desaparece, Olérdola se despuebla de nuevo, en beneficio de lugares más bien emplazados para la vida humana, como Vilafranca del Penedés, que nace en este momento. Y en este estado de abandono sigue todavía<sup>9</sup>.

En resumen, los lugares de habitación permanente de los iberos es frecuente ocupen posiciones encastilladas, no muy cómodas para el cultivo, pero relativamente seguras para poder rechazar un golpe de mano de gentes enemigas. No hay duda de que esto representaba un serio obstáculo para el desarrollo de la población. Y, apesar de ello, ésta fué relativamente densa, a lo menos a juzgar por comarcas que nos son relativamente bien conocidas desde el punto de vista arqueológico, como, por ejemplo, la Maresma, o comarca de Mataró, y el Penedés. Claro que o sabemos de una manera segura si todas las aldeas ibéricas de las que conocemos restos son rigurosamente contemporáneas, ya que en poquísimas de ellas se han hecho exploraciones arqueológicas en debida forma. Pero los hallazgos superficiales realizados parecen delatar una gran uniformidad, que revelaría su coexistencia durante un tiempo más o menos largo.

Ha sido lo bastante comentada para insistir en ella, la política seguida por Catón, que tendía a privar a los poblados ibéricos de sus defensas, desmantelando sus murallas<sup>10</sup>. Secuela de ella debió ser el inicio del abandono de los lugares encastillados, que tenían en su situación topográfica su más sólida defensa, aunque este abandono fué en realidad, fruto del cambio de las condiciones económicas. Un buen número de poblados ibéricos debieron iniciar su decadencia en esta ocasión, y las señales de incendio que se descubren en algunos de

9. Actualmente adosada a la muralla existente una vieja y pobre *masía*, desertada por las gentes del país, y ocupada por inmigrantes procedentes del Sur de la Península, de tierras todavía más miserables.

10. Véase FRONTINO, I. 1, 1; PLUTARCO (citando a POLIBIO), *Colón*, 10; APPIANO. *Iber.* 39; ZONARAS, 9, 17, 5.

ellos, pueden ser una prueba de la forma en que terminaron, aunque muchas veces el incendio debió seguir al forzado abandono, a fin de desaconsejar la reocupación. En otras ocasiones, seguramente las veces, una lucha debió preceder al incendio. En general, una excavación efectuada científicamente puede proporcionar elementos para conocer muchas de las circunstancias del fin de cada poblado. Por ejemplo, el haber aparecido dentro del poblado del Castellet de Banyoles, en Tivissa, sobre el Ebro, un conjunto de vaso votivos de plata, pertenecientes con toda probabilidad al tesoro de un templo, evidentemente ocultados para preservarlos de caer en manos de algún enemigo, habla de una destrucción súbita y violenta, ya que en caso de un abandono pacífico el tesoro habría sido recogido y llevado a un nuevo lugar de culto. Este poblado hay motivos para creer fué destruído en el curso de la segunda Guerra Púnica<sup>11</sup>.

Todos estos hechos determinaron un cambio fundamental en el poblamiento. Nacieron nuevas ciudades, mucho mayores que las aldeas ibéricas, dotadas, además, del conjunto de servicios urbanos que las hacen merecedoras del nombre de ciudad. Pero nació, sobre todo, por primera vez, la casa aislada, situada en medio de las tierras de cultivo, carente de toda defensa, que la paz romana, sólidamente establecida, hacía innecesaria. Esta casa campesina aislada, que equivale a nuestras nuestras *masies* o granjas, con el cambio radical de sistema de vida que representa, no debió imponerse en corto tiempo. A comienzos del siglo II antes de la Era, el poblamiento agrupado y encastillado dominaba plenamente. Un par de siglos más tarde el poblamiento aislado y en los llanos era el más general, y así había de continuar, sin variaciones sensibles, como no sea en cuanto a su densidad, por espacio de varios siglos.

Ahora bien, circunscribiéndonos a Cataluña, hoy día, no tenemos un tipo de poblamiento rural uniforme, y mientras en unas comarcas abundan las *masies*, es decir, las casas aisladas, en otras se rarifican hasta ser casi inexistentes. No sabemos si en la época romana pasaba lo mismo, es decir, si había zonas de *villae* y zonas de *vici*. Sólo investigaciones extensas y detenidas podrán acaso precisarlo. La hidrología parece tener una cierta influencia en esta distribución actual del poblamiento<sup>12</sup>. Si así fuese podría pensarse que iguales

---

11. J. DE C. SERRA-RÍFOLS: «El poblado ibérico del Castellet de Banyoles (Tivissa)», *Amburias*, III, pp. 15-34, 1951; VILASECA, SERRA-RÍFOLS, BRULL: *Excavaciones en el Castellet de Banyoles de Tivissa*, Informes y Memorias de la Comisión General de Excavaciones Arqueológicas, n.º 20, Madrid, 1949.

12. PAU VILA: *El poblament de Catalunya. El problema geogràfic de Paigua*, Barcelona, 1938.

causas pueden determinar resultados semejantes. Pero la verdad es que, como acabamos de decir, la investigación del poblamiento romano en las diversas comarcas es tan poco completa que no resulta todavía posible aventurar ninguna hipótesis fundamentada.

Las invasiones del siglo III, con la cruel acometida de los francos y pueblos afines, que ha de devastar toda la Galia y una gran parte de la Hispania, es el toque de clarín que anuncia a distancia el fin del mundo antiguo, y con él el término de la secular paz romana. Conocemos algunos datos históricos y arqueológicos sobre sus efectos en la Tarraconense, región primera y más intensamente afectada por ella, pero estos datos donde toman carácter concreto es al referirse a los centros urbanos: Emporion, Tarragona, Barcelona, Badalona, etc. En el campo la falta de excavaciones en un número suficiente de *villae* no permite hacer generalizaciones sólidas. De todas maneras es lo más lógico que el campo sufriese tanto o más de aquellas invasiones que las ciudades. Muchas *villae* debieron ser destruídas y luego reedificadas. Es el caso de la *villa* dels Ametllers, en Tossa de Mar (provincia de Gerona)<sup>13</sup>, entre otras. Pero aquel desastre fué de corta duración, y la generación que lo presencié y vivió a la vez los tiempos anteriores y posteriores al mismo, acostumbrada al sistema de vida de las granjas aisladas, no debió dudar un momento del carácter pasajero de aquellos hechos, y, tan pronto fué superado el peligro, dedicóse a reconstruir sus moradas en la forma en que estaban antes, ya que las condiciones económicas generales de momento no cambiaron, y para determinar un cambio profundo en el sistema de vida era preciso que las invasiones se repitiesen con frecuencia. Si para establecer la forma de poblamiento aislado, que representaba una mejoría en el nivel de vida y un sistema favorable a la expansión demográfica, se necesitaron casi dos siglos, sería preciso un lapso de tiempo todavía más largo para adaptarse a fórmulas que suponen una rarificación de los medios de vida, y como consecuencia una sensible disminución de la población.

Las nuevas invasiones de comienzo del siglo V no debieron hacer más que disminuir la riqueza y la población. En realidad sabemos muy poca cosa del aspecto de poblamiento en esta época. Las construcciones parecen pobres, todo el proceso cultural muy decadente y verdaderamente bárbaro. Hechos como la existencia de un pobla-

---

13. Albert del CASTILLO: «El poblament de la zona de la Costa Brava». *Revista de Catalunya*, vol. XIV, pp. 119-159, 1934; Idem.: «La Costa Brava en la Antigüedad», *Ampurias*, I, pp. 186-267, 1939.

do de época visigótica en Puig Rom, cerca de Rosas<sup>14</sup> encastillado a la manera de los castros ibéricos; el hallazgo de sepulturas de esta época en lugares inhospitalarios, como ciertos parages de la montaña de Sant Llorenç del Munt (prov. de Barcelona), donde no parece hubiese llegado el poblamiento romano<sup>15</sup>, podrían ser de un gran interés si se demostrase no se trata de casos aislados. De todas maneras las invasiones y sus consecuencias inmediatas cesan, y toda la Hispania acaba por quedar integrada dentro del reino visigótico, y, prescindiendo de las luchas en torno del trono, en las que intervienen predominantemente los miembros de la aristocracia germánica y los altos jerarcas de la Iglesia, la masa del país vive en una paz relativa. Hay un gran empobrecimiento, pero parece que las formas de población no sufrieron grandes modificaciones respecto a las de los tiempos romanos posteriores a la segunda mitad del siglo III. Las murallas de las ciudades se mantuvieron en buen estado, y en esta forma parece llegarse a la invasión musulmana de comienzos del siglo VIII.

No nos corresponde comentar los cambios de poblamiento determinados por ésta. Observaremos únicamente algunos hechos sobresalientes. Muchos castillos medievales se levantan sobre las ruinas de los poblados ibéricos, desde tantos siglos abandonados. Podría hacerse de ellos una larga lista, y aun lo sería más si se examinasen con detenimiento las proximidades de muchos castillos que no han sido visitados con esta finalidad. Citemos únicamente, como ejemplos típicos en Cataluña, los de Burriac, Sant Miquel de Montornés, Montcada, Montpalau, etc. En general son más numerosos los poblados ibéricos que estos castillos medievales aislados, pero sobre todo cumplían una función completamente diferente. El castillo o la casa fuerte, no es el lugar de habitación de la gran masa de la población de la época, como lo era el poblado ibérico. Es la habitación del señor, y en todo caso el lugar de refugio de sus feudatarios en momentos de peligro. Si unas veces, como en los casos citados, se levanta aislado y alejado de las poblaciones, lo más frecuente es que ocupe una posición fuerte y dominante en la inmediata proximidad y hasta en el interior de la población respectiva.

Las aldeas de la llanura, con frecuencia sucesoras de *villae* romanas, también es frecuente subsistan, aunque rodeándose de muros

---

14. L. PERICOT, con la colaboración de... y P. PALOL: *La labor de la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas de Gerona*, Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, n.º 27, Madrid, 1952.

15. J. DE C. SERRA-RÀFOLS y J. MALUQUER: «Enterramientos de *tegulae* y losas en la montaña de Sant Llorenç del Munt», *Ampurias*, IX-X, pp. 296-300, 1947-48.

más o menos fuertes. ¿Hubo durante los siglos VII y IX una retirada de población, un verdadero abandono del país, y un posterior repoblamiento? Sería un hecho interesantísimo conocerlo con precisión en cada lugar, y los medievalistas son quienes han de esclarecerlo en cada caso. Pero lo que es seguro es que no hubo un abandono de las llanuras para establecerse en los viejos lugares de habitación de los íberos, ya que incluso los castillos aludidos son de tiempos posteriores. Al avanzar la reconquista se habla constantemente de «repoblar tierras», pero ello creemos se refiere más bien a las tierras fronterizas, que, por efectos de la guerra, han quedado despobladas, no a tierras que estuviesen en esta forma a consecuencia de la retirada de los habitantes a raíz de la conquista musulmana. Pero este repoblamiento fué efectuado nuevamente en los llanos y valles donde hubo los establecimientos de habitación hispano-romanos. Por esto en las ruinas de los poblados ibéricos, lo más frecuente, es que las señales de habitación humana cesen en los siglos II-I antes de la Era, y que no haya señales de establecimiento humano posterior, excepto en el caso de la erección de un castillo. En cambio las viejas *masies* (el origen de las cuales casi siempre resulta difícil precisar, lo mismo arqueológica que documentalmente) es frecuentísimo se levanten encima o en la inmediata proximidad de una *villa* romana.

En lugares de la costa, ni el peligro de los piratas pudo determinar a la población a buscar para establecerse los lugares fuertes y dominantes que ocuparon los íberos. Todo lo más, en Cataluña, se rarificaron las habitaciones más cercanas al mar, y las aldeas subieron por los pequeños valles de la sierra costera. Son estos valles a veces de una gran fertilidad, y en ellos los romanos habían levantado también sus *villae*. Hay muchos casos en que las *villae* romanas se levantaban al pie mismo del mar, como por ejemplo la de Sant Gervasi en Vilanova i Geltrú, la de Ocata (Masnou), la citada dels Ametllers, en Tossa de Mar, etc. En estos lugares parece no hubo en la Edad Media establecimientos humanos aislados, sino en tiempos posteriores a aquellos en que la piratería constituyó un verdadero peligro. A las ciudades romanas marítimas sucedieron en su mismo solar ciudades medievales amuralladas. Por ejemplo en el lugar de *Iluro*, Mataró<sup>16</sup>. En el sitio de emplazamiento de una gran villa romana cerca de esta ciudad, la de Can Llauder, se levantó una

---

16. Marian RIBAS I BERTRAN: *El poblament d'Iluro*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, Memòries de la Secció Històrico-Arqueològica, núm. XII, 1952.

casa medieval, provista de una fuerte torre de defensa, que, desfigurada y modernizada, subsiste todavía. La *villa* romana no necesitaba de esta defensa, pues había la misma paz en el mar que en la tierra. En Tossa de Mar el establecimiento medieval se instala en la pequeña península de la Vila Vella, donde parece hubo ya un poblado ibérico, fuertemente amurallada. El lugar de Els Ametllers es abandonado.

De todas maneras no en toda la Hispania los hechos se presentan en la misma forma que en Cataluña, o en la parte de Cataluña donde se han hecho observaciones relativamente numerosas. Así como en ésta el poblamiento medieval y moderno parece seguir las pisadas del romano, en otras lugares no sucede lo mismo. En Cataluña los grandes campos de ruinas romanas en despoblado, sin faltar, son relativamente escasos. Hay muchas pequeñas ruinas en estas condiciones: ruinas de *villae* en tierras ahora cultivadas, pero en las que el establecimiento humano que las preside se ha desplazado poco o mucho. También en lugares ocupados por el bosque encontramos restos de casas campesinas romanas, pero las verdaderas ciudades abandonadas escasean. Hay naturalmente el caso de la Emporion griega y romana. Hay también otros campos de ruinas que parecen corresponder a núcleos considerables, como el de Els Munts, en Altafulla (Tarragona), tal vez la Palfuriana de los Itinerarios, pero son en número reducido.

En otros lugares de la Hispania los cambios han sido más considerables, y el poblamiento moderno parece distribuirse de una manera muy diferente del romano. Las ciudades muertas como Clunia o Numancia, los inmensos despoblados como el de los Bañales de Sádaba (provincia de Zaragoza), son más frecuentes. Hasta cierto punto la meseta castellana y sus contrafuertes, incluídos en algunos aspectos los valles del Ebro y del Guadalquivir, recuerdan, atenuado, el caso del Africa romana, con sus ciudades desiertas, de las que son ejemplo Leptis Magna, Thysdrus (El Djem), Tamugadi, Cucuil (Djemila) Volúbilis, Lixus, Tamuda y tantas otras.

Esto que pasa con grandes núcleos humanos sucede en un número naturalmente mayor de ruinas menos extensas y famosas. La villa romana de Cuevas de Soria, la más grande hasta ahora conocida en la Hispania<sup>17</sup> verdadero palacio campestre, con su inmenso peristilo rodeado de galerías pavimentadas con mosaicos, con sus grandes y lujosas cámaras con piso de la misma clase, se levanta en una lla-

17. B. TARACENA: «La villa romana de Cuevas de Soria», *Investigación y Progreso*, vol. IV, pp. 78-80, 1930.

nura hoy día muy poco poblada, dedicada en su mayor parte a tierra de pastoreo y en la que cuesta imaginarse una casa palacio de aquellas dimensiones y riqueza. Otro caso que hemos podido estudiar es una porción del valle del Guadiana en la parte de Badajoz<sup>18</sup>. Hasta hace poco<sup>19</sup> a pesar de sus excelentes condiciones agrarias, lo que más abundaban en él eran las dehesas ganaderas. En muchas partes de ellas crecen las encinas, estimadas como árboles frutales, cuyas bellotas, si son preferentemente alimento para el ganado, no las desdenna el hombre, siguiendo el ejemplo de los antiguos lusitanos. En tales dehesas se cultivan también los cereales, en régimen de cultivo extensivo. Ellas están presididas por cortijos, que presentan, desde el punto de vista agrario, diferencias esenciales con las *masies* catalanas. Estas podríamos definir las como el centro de un dominio agrícola reducido, pero armónico y variado, en tanto que los cortijos extremeños son residencia temporal del propietario y centro de una administración ganadera y cerealista. En torno al cortijo, aunque abunde el agua, falta muchas veces la huerta suficiente para el consumo de los habitantes de la dehesa, que viven en corto número en el mismo cortijo, y en buena parte en chozos, verdaderas cabañas de forma cónica, hechas de troncos cubiertos con hierba, con el hogar en el centro, el humo del cual sale por la puerta, tan baja, que es preciso inclinarse para cruzarla. Los encargados del ganado, raramente estabulizado, son los habitantes de los chozos.

Ante una economía de líneas tan primitivas, que presenta muchos puntos de contacto con la de los pastores lusitanos, se podría pensar que entre una y otra no ha habido una verdadera solución de continuidad, y que se ha mantenido en una línea invariable desde aquellos tiempos tan remotos. Pero el estudio arqueológico nos demuestra que nada hay más lejos de esto. En Extremadura se conoce muy imperfectamente la cultura indígena cronológicamente paralela a la ibérica del Levante peninsular, es decir la forma de vivir entre los siglos VI al I antes de J. C., de la que tenemos acaso más noción a través de los textos, especialmente de Strabón, que de los hallazgos arqueológicos. Allí la romanización comenzó más tardía y trabajosamente que no en la zona mediterránea y en el valle del Betis, donde antes de la conquista romana existían profundas influencias de las

---

18. J. DE C. SERRA-RÀFOLS: *La «Villa» romana de la dehesa de «La Cocosa», Badajoz*, Institución de Servicios Culturales de la Diputación Provincial, 1952, y bibliografía allí citada.

19. En estos momentos esta región está experimentando un cambio agrícola profundo, con la construcción de pantanos y canales, como los de Cijara y Montijo; pero estos hechos corresponden a una transformación completamente actual.

civilizaciones del Oriente Mediterráneo, las cuales facilitaron la tarea asimiladora de los nuevos dominadores. En la Lusitania tales influencias eran mucho más débiles.

El tipo de poblado de casas de piedra o adobe, de planta cuadrangular, no sabemos si era el más frecuente; pero un pueblo dentro del cual la economía pastoril era acaso la dominante, parece probable conociese las cabañas semejantes a los actuales chozos. Que la romanización fué tardía lo demuestra precisamente la fundación de la colonia Emerita Augusta, pocos años antes de la Era. El establecimiento de una colonia semimilitar, busca una finalidad política que va más allá que proporcionar lugar de asentamiento a los veteranos de una campaña. Da la sensación de que el país no estaba totalmente asimilado, y que aquella fundación buscaba impulsar este proceso. Emerita es una ciudad netamente romana, más que por el origen étnico de sus habitantes, por su cultura y por el espíritu que los animaba. La irradiación de Emerita, creada desde un principio con todos los elementos de una verdadera ciudad, como lo demuestran sus magníficos edificios para espectáculos, levantados ya como parte del programa fundacional, es rápida y profunda. Otra prueba de que el país no estaba enteramente asimilado la tenemos en el hecho de rodearse la ciudad de murallas. Pero pronto el valle del Anas se cubre de pequeñas y grandes *villae*, y la colonización se extendió por las laderas de más difícil regadío. En estas las aguas se captan por medio de presas que cortan las vaguadas y las desvían hacia pequeños embalses, suficientes para abastecer una *villa* y regar una zona de huerta. Ruinas de estos dispositivos existen muchas, e incluso hay algunos, como el pequeño embalse de Esparragalejo, cerca de Mérida, que siguen siendo utilizados.

Los restos de *villae* más próximos al río, situados en las mejores tierras, se conocen mal, ya que los arrastres aluviales han sido muy intensos, como se ha puesto de manifiesto en los trabajos de la presa de Montijo. Pero, en cambio, en plena zona de dehesas ganaderas, se descubren restos de *villae* extensísimos, en terrenos hoy día muy escasamente poblados. En La Cocosa, entre Badajoz y Valverde de Leganés, se han hallado restos cubriendo una extensión de varias hectáreas<sup>20</sup>. En Almendral tenemos otro, acaso todavía más extenso, en tierras también poco pobladas actualmente.

Pero además de este cambio de emplazamiento de los lugares de habitación de la época romana, lo mismo con respecto a la lusitana

---

20. Véase nota 18.

que a la moderna, se observa un cambio muy interesante en la agricultura. En la mayoría de las actuales dehesas no existe cultivo vitícola ni oleícola, mientras que en las ruinas excavadas se han descubierto muchos y grandes trujales de aceite y prensas de vino, lo que demuestra un cambio tan substancial en la agricultura como lo ha habido en la distribución de la población. Paralelamente las tierras que un tiempo fueron regadas con las aguas procedentes de los embalses citados, son hoy día tierras de secano, lo que representa un fortísimo retroceso en la economía agraria.

El poblamiento actual dista, pues, de seguir en estas regiones, como en muchas comarcas del Levante, las pisadas del poblamiento romano, y la agricultura presenta en la actualidad caracteres de mayor arcaísmo que en la época romana. Podríamos decir que en extensas zonas se ha retrocedido a una economía ganadera, después de una etapa de agricultura intensiva, de la que son exponente las ruinas de las grandes *villae* que presidían *fundi* dedicados en buena parte a cultivos de selección como la viña y el olivo y los que requieren el regadío.